

**FERNÁNDEZ CASTRO, José.** La Peza (Granada), 1912 - Granada, 2000. Escritor.

Pasó sus primeros años de vida en su pueblo natal, situado al pie de la falda norte de Sierra Nevada, donde aprendió las enseñanzas propias del contacto con la naturaleza y con la vida agraria hoy en vías de extinción. A la edad de quince años, sus padres decidieron enviarlo a la capital para que hiciera el bachillerato, estudios que él alternaría con distintos trabajos, de cuyos modestos ingresos se ayudaba para su manutención. Uno de estos trabajos marcaría, sin embargo, su futuro, al entrar como taquígrafo en el diario de la mañana *Noticiero Granadino*, en cuyos talleres permaneció hasta 1932, año en que fue contratado como redactor del periódico, sin que desde entonces hasta su muerte dejase ya nunca de colaborar asiduamente en distintos medios escritos de la ciudad. Poco después, en la primavera de 1933 y meses antes de cumplir sus 21 años de edad, ingresó por oposición en el cuerpo técnico del Ministerio de Gobernación, entrando a trabajar como funcionario en el Gobierno Civil de Granada, donde permanecería ya hasta su jubilación, casi cinco décadas más tarde, viéndose obligado durante los 40 años de régimen franquista a mantener ocultas sus ideas políticas, afines siempre desde su juventud al socialismo.

A pesar de tratarse de un escritor precoz y bastante prolífico, Fernández Castro no conseguiría publicar su primer libro hasta poco antes de cumplir los 40, momento en que Ediciones Rumbos sacó a la luz en Madrid *La sonrisa de los ciegos* (1950), una serie de episodios en prosa y verso, narrados con gran lirismo y con el denominador común de girar en torno al misterioso e inquietante mundo de sus protagonistas invidentes. Favorablemente recibida por la crítica, la obra no sólo alcanzaría luego numerosas reediciones, sino que haría posible al autor continuar su carrera literaria por derroteros tan dispares como la poesía, el teatro, el ensayo o la biografía, aparte de los géneros en los que mejor se desarrolló siempre: la novela y el cuento. Así, poco a poco fueron apareciendo sus sucesivos libros: la comedia *A la sombra del árbol de los besos* (1952), revisada y reeditada años más tarde con el título de *Olite. Víspera de San José* (1971), finalista del premio García Lorca de Teatro de la Universidad de Granada; el ensayo *Sentido estético del amor* (1953); la serie de cuentos *El chaqué y otros relatos* (1960), título con el que fundó en Granada la colección 'Hombres y Caminos' (donde en 1984 publicaría una edición conjunta de *La sonrisa de los ciegos* y *A la sombra del árbol de los besos*); el libro de poemas *Antes del último instante* (1967) y, sobre todo, la novela *La tierra lo esperaba* (1974), escrita gracias a una beca concedida por la Fundación Juan March y publicada por la editorial Espasa-Calpe en su prestigiosa colección Austral. Considerada sin duda como su obra cumbre, no en balde es la que mayor reconocimiento público le proporcionó a lo largo de su vida, la novela describe, con una técnica tradicional cercana al realismo decimonónico, aunque en un estilo bastante ágil, la tragedia a la que aboca el odio de clases en una pequeña comunidad rural.

Cuatro años después, Fernández Castro obtuvo el premio Ángel Ganivet de narrativa 1978 de la Universidad de Granada (compartido ex aequo con *La mala conciencia*, de Eduardo Castro) por su obra *Balada del amor prohibido* (1980), una novela escrita treinta años antes y guardada hasta entonces "en un cajón, a la espera del momento adecuado para darla a conocer, como tantas otras cosas en este país", según declararían tras conocer el fallo el propio autor, quien después de haber mantenido en silencio su ideología socialista durante la dictadura franquista se haría por fin militante del PSOE con la llegada de la democracia. Precisamente en las líneas introductorias a esta novela, Fernández Castro contaba así su paso por la oficina del Gobierno Civil:

(En ella) conocí a toda clase de gente. Fue una gran escuela, una excelente atalaya de observación. Escribiría miles de folios con las anécdotas, situaciones difíciles o el recuerdo de personajes, personajillos y tipos absurdos que desfilaron por allí. Mis alforjas están llenas de impresiones directas, momentos dramáticos, emotivos, pueriles, mezquinos y cómicos. Cantera inagotable sería la de los compañeros de oficina, gama de burócratas en los que, salvo excepciones, sólo hallé vulgaridad, egoísmo, pobreza de espíritu. Quisiera ocuparme de todos y de mis miedos, torpezas o ridiculeces; recordar las peripecias vividas en días cruciales para nuestro país, mas dejemos ahora ese huerto con más espinas que flores.

En cuanto a la obra, se trata de una “significativa y original novela”, como diría con ocasión de su presentación pública el también escritor Manuel Andújar, “integrada en el valioso conjunto de las obras que se ocupan no sólo de la guerra civil española, sino también de las circunstancias ambientales, sociales y psicológicas de la posguerra, o sea, de la dilatada y fríamente sistemática represión”. En su opinión, la *Balada* “hace plausible la ficción, al tiempo que penetra en las realidades, valiéndose para ello de una envolvente tonalidad de potencial o manifiesta enajenación que infunde a la novela una de sus tipificadoras jerarquías”.

Durante la década siguiente, Fernández Castro se dedicaría fundamentalmente al ensayo y la biografía, con títulos como *Alejandro Otero, el médico y el político* (1981), *Ismael de la Serna* (1989), *Juan José Santa Cruz y las cumbres de Sierra Nevada* (1990) y *Bajo el cielo de Granada* (1988), una colección de artículos previamente aparecidos en los diarios locales *Patria*, *Diario de Granada* e *Ideal*, desde cuyas páginas no cesaría de defender hasta su muerte el patrimonio artístico granadino. Ya en los años 90, regresaría de nuevo a la narrativa con el relato *De un verano a otro* (1993) y el libro autobiográfico *Ramas de mi árbol. Memorias de Granada desde el Carmen del Alba* (1995), obra en la que el autor trata de explicar su trayectoria vital, con un recorrido desde sus vivencias infantiles en La Peza hasta los años de la transición democrática, pasando por su integración en el mundo intelectual de la posguerra granadina y su larga y rica experiencia literaria, sin olvidar su militancia socialista. Su última obra en ver la luz sería *El hombre al que mató la música y otros relatos* (2000), que reúne en un solo volumen tres textos que, aunque escritos años atrás y en palabras del propio editor, se presentan “con savia de tallo nuevo, vivo, plenamente actual”.

BIBL.: V. Rioja: “*De un verano a otro*, de José Fernández Castro” (*Espiral de las Artes*, Publicación Cultural, 1994, nº 9/10, p. 189); Maryse Bertrand de Muñoz: *La guerra civile spagnola nel romanzo, nel teatro en el cinema dopo la morte di Franco* (Soprintendenza Archeologica, Italia; ¿2008?); Víctor Corcoba: “Para comprender hay que comprenderse” (en *Algo más que palabras*, ...); José Ortega y Celia del Moral: *Diccionario de Escritores Granadinos (siglos VIII-XX)* (Universidad de Granada, 1991); Amelina Correa: *Literatura en Granada, 1898-1998. I: Narrativa y literatura personal* (Diputación de Granada, 1999); Eduardo Castro: “José Fernández Castro” (*Enciclopedia General de Andalucía*, tomo 8, Málaga, 2004).

E. C.